

En el mapa se señala la ruta que siguió Cabeza de Vaca y el límite de las posesiones españolas en Estados Unidos. Recoge también información sobre los estados actuales y la fecha de incorporación a la Unión

La huella española

1513

Ponce de León avanza a lo largo de las costas de Florida, sin adentrarse en el interior del país.

1528

Narváez explora la parte septentrional del golfo de México, desde la Florida hasta Texas. Cabeza de Vaca inicia su odisea.

1539

Hernando de Soto llega a Florida. Al año siguiente atraviesa el sudeste del continente, yendo del estado actual de Georgia hacia el oeste, hasta el Mississippi.

1540

Vázquez de Coronado recorre los estados actuales de Arizona, Nuevo México y Texas.

García López de Cárdenas es el primer hombre blanco que avista el cañón del Colorado.

1592

Juan de Inca llega hasta la isla de Vancouver

1598

Juan de Oñate conquista Nuevo México.

1602

Sebastián Vizcaíno explora California y funda la ciudad de Monterey

1615

Tomás de Cardona toma posesión de California en nombre de España.

1689

Alonso de León explora Texas

1769 -1782

Fray Junípero Serra funda nueve Misiones en California, entre ellas las de San Diego, San Antonio, San Luis y San Francisco.



Estados Unidos

La increíble odisea de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Fernando Pariente

Los españoles solemos mirar atrás, en la historia, con temor. Sobretudo cuando se trata de América. El temor se traduce para unos en exaltación incondicional, para otros en mala conciencia y ganas de olvido. En cualquier caso parece predominar siempre la tendencia a no indagar demasiado, a ver las cosas en bloque, sin los perfiles individuales. Así hemos perdido perspectiva y muchas acciones personales han caído en el olvido.

Probablemente la historia de Alvar Núñez Cabeza de Vaca se contabilice entre aquellas que el españolito medio se haya perdido en los últimos tiempos, su presunto centenario es buena excusa para recuperarla y, de paso, mirar hacia atrás con tranquilidad y orgullo.

Hace dos años celebramos también el Quinto Centenario del nacimiento de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. En realidad no se sabe a ciencia cierta la fecha, pero 1490 suele ser aceptado por los historiadores como el año que le vio nacer.

La peripecia vital de Cabeza de Vaca tuvo mucho en común con la de otros españoles de su época, pero también mucho que de especial y por ello, digno de tener en cuenta. Protagonizó una gran aventura, una odisea increíble, aun hoy digna de ser evocada. Le tentó, como a muchos, el camino de las Indias; hasta allí llegó, como otros, aunque no fue brillante capitán de expedición que protagonizara difíciles conquistas, el destino lo eligió para sobrevivir a la tragedia que acabó con su expedición y para llevar a cabo una "escapada" de casi tres mil kilómetros, a través del tiempo, la penuria los desiertos y el propio ingenio.

Cabeza de Vaca fue, además, un gran defensor de los indios. Su larga convivencia con ellos le había enseñado a respetarlos. De carácter más bien crédulo y soñador, contribuyó a la difusión de fantásticas leyendas como las de las siete Ciudades de Cibola, en el norte, y la de las Amazonas y El Dorado, en el sur. Las ingentes riquezas imaginarias no fueron encontradas jamás, pero sirvieron para impulsar nuevas exploraciones y descubrimientos



A las órdenes de Pánfilo de Narváez

En el puerto de Sanlúcar de Barrameda se realizaron los preparativos desde los primeros días de 1527. Se prepararon cinco grandes navíos en los que se embarcó un ejército de 700 hombres, numerosos caballos, armamento y provisiones. El capitán del cuerpo expedicionario era Pánfilo de Narváez, que había participado en la reciente conquista de México y había mantenido algunos enfrentamientos con Hernán Cortés.

El emperador Carlos le había concedido el título de Adelantado y le encomendó la exploración, organización y gobierno de todo el territorio comprendido entre el Cabo de Florida y el Río de las Palmas, nombre con el que se conocía la desembocadura de lo que hoy se llama Río Bravo.

A finales de junio se hicieron a la mar y, ya desde el principio, los malos hados parecieron abatirse sobre la flota. Las tormentas del Caribe hicieron naufragar a dos de los barcos y al llegar a la isla de

Santo Domingo desertaron más de 150 soldados, tentados por las dádivas que los habitantes les ofrecieron para que se quedaran allí.

El mal tiempo persistente les obligó a invernar en Cuba. Cuando, a principios de 1528, salieron para la Florida contaban ya sólo con tres navíos y 400 soldados.

En abril llegaron frente a la bahía de Tampa, donde la tierra era buena y fértil y podían haber asegurado un buen asentamiento para seguir la exploración y conquista a partir de allí.

Sin embargo, como no encontraron el oro y las piedras preciosas que esperaban se sintieron defraudados y Narváez decidió salir inmediatamente hacia el norte.

Los sorprendidos indios, que tampoco tenían muchas ganas de que se quedaran allí, contribuyeron también a propagar las falacias que los españoles estaban deseando escuchar. La mención de ciudades de oro, situadas al Norte, en los Montes Apalaches, era un buen truco para quitar de en medio a aquellos inquietantes barbudos, de pálida tez, vestidos con trajes de hierro y montados en ágiles y rápidos animales nunca vistos por ellos hasta entonces. Tan temibles enemigos mejor era que se fueran lejos.

Narváez, cegado por su ambición, cometió una grave imprudencia, más propia de un principiante que de un estratega al mando de un ejército: decidió abandonar los barcos y arriesgarse a una marcha hacia lo desconocido, tierra adentro.

Itinerarios del desastre

A Cabeza de Vaca el plan le pareció un suicidio y así lo hizo saber al Adelantado.

No disponían de avituallamiento suficiente y si perdieran el contacto con los navíos perderían su única vía de retirada para poder regresar a Cuba en busca de ayuda. Sin embargo, Narváez dio la orden a los barcos de irse bordeando la costa hasta encontrar un puerto seguro, pero nadie conocía si tal puerto existía o no, ni dónde. La oposición de Cabeza de Vaca sirvió sólo para que Narváez le ofreciese el mando de los barcos, pero él se sintió ofendido porque creyó que tan cosa era tratarle de cobarde y se fue con los expedicionarios.

En junio los españoles llegaron a los Apalaches, donde deberían encontrar la ciudad del oro y las piedras preciosas. En su lugar no hallaron más que miserables poblados, en palabras de Alvar Núñez, "el mayor pueblo de aquella tierra no poseía más riqueza que un puñado de míseros maizales".

Narváez descorazonado ordenó la retirada hacia el mar. Exploraron la costa en busca de sus barcos, pero fue inútil; no habían fondeado por aquellos parajes. Así se encontraron en territorio hostil, desconocido, sin provisiones y sin barcos para la retirada.

Todavía fueron capaces de construir cinco barcasas, valiéndose de las artes de un prodigioso ingenio, descrito admirablemente por el propio Cabeza de Vaca en su relato. Los soldados que quedaban embarcaron con la intención de bordear toda la costa del Golfo de México, prácticamente inexplorada, hasta llegar a Veracruz.

Nada más comenzar el viaje naufragaron dos. Las otras se mantuvieron unidas

durante algunas jornadas, sufriendo los embates del mar y los ataques de canoas indias. Descubrieron la desembocadura del río Mississippi y la atravesaron con graves peligros. Al fin, Narváez dio la orden de "sálvese quien pueda" y él mismo se perdió en el mar, mientras Cabeza de Vaca y un último resto de 80 soldados naufragaban en la costa de una isla en la que buscaron refugio.

Era ya el mes de noviembre. Los náu-

fragos bautizaron a la isla con el nombre de la Isla de Malhado. Cuenta Cabeza de Vaca que llegaron "desnudos, como nacimos, y perdido todo lo que traíamos". Estaba habitada por indios dakotas. Cabeza de Vaca prosigue: "Los indios, de ver el desastre que nos había venido (...) se sentaron entre nosotros y con el gran dolor e lástima que hobieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio..."

Esclavos de los indios

En los meses siguientes el hambre y las epidemias fueron dando cuenta de la mayor parte de los españoles. Los propios indios oriundos de la Isla del Malhado sufrieron con el contagio de las enfermedades de los náufragos y murieron en gran cantidad. A punto estuvo de costarles la vida a todos. Los pocos que quedaron se dispersaron entre los indios y vivieron entre ellos como criados y esclavos.

La personalidad emprendedora y el ingenio natural empujaron a Alvar Núñez Cabeza de Vaca a observar y aprender de los indios su métodos curativos. Ya poseía él algunos conocimientos de medicina europea y con la mezcla obtenida consiguió fama extraordinario curandero, incluso de milagrero. Este oficio le fue enormemente provechoso durante los largos años que pasó en territorio indígena y en varias ocasiones le salvaría la vida.

En los meses siguientes vivió gran cantidad de peripecias, pasando de la propiedad de unos indios a otros, huyendo al continente y preparando distintos planes de fuga y regreso.

Al cabo de algunos años de este tipo de vida, consiguió contactar con otros tres españoles, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y un esclavo negro llamado Estebanico. Según sus noticias sólo quedaba vivo otro más que se había vuelto a la isla del Malhado. Con ellos preparó la huida definitiva.

Cirujano y hechicero

En la isla de Malhado, los españoles, a merced de los indios, aprendieron sus técnicas curativas añadiendo al mágico soplo del hechicero un Pater noster y un Ave María, por lo que pudiera pasar. Pero Cabeza de Vaca fue más audaz que sus compañeros y llegó incluso a hacer algunas operaciones ante la atónita mirada de los indios y la perplejidad de sus compañeros de aventuras. El mismo nos lo cuenta:

... Me trajeron un hombre, y me dijeron que había tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón; decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía, le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné a cortar más, y metí la punta del cuchillo y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un cuero le estancué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidiéronmela, y yo se la di... y el otro día le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parecía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena.



Conquistador original

— Cabeza de Vaca fue un conquistador original en muchas cosas. La primera en su nacimiento: aunque de origen extremeño, como muchos, sin embargo no nació en familia modesta, como solía ser habitual. Fue hijo de casa noble, acomodada y de gloriosa tradición militar. Su abuelo fue uno de los capitanes de la conquista de las Islas Canarias, y muchos de sus parientes alcanzaron fama en las guerras de Granada y de Italia, durante el reinado de los Reyes Católicos.

— Dejaba constancia por escrito de sus empresas. Tituló "Relación de la acaecido en Indias" al relato de su aventura por lo que hoy es Sur de los Estados Unidos y Norte de México. Sin embargo esta obra ha sido conocida siempre por el nombre de "Naufragios".

— Después de la aventura por el norte de América partió de Cádiz en 1540 y realizó muchos viajes de exploración por lo que hoy es Brasil, Uruguay y Paraguay. En una de estas expediciones descubrió las cataratas del Iguazú, aunque nadie en la actualidad parezca recordarlo. Sin embargo, sus súbditos se rebelaron contra él, lo encarcelaron y devolvieron a España encadenado en 1545. Sobre esta segunda experiencia escribió también una relación titulada "Comentarios".

— Al llegar a España fue juzgado por el Consejo de Indias y condenado al destierro en el norte de Africa. Algún tiempo más tarde el rey Felipe II lo absolvería y le nombraría miembro del Tribunal Supremo de Sevilla.

Cabeza de Vaca recorrió a pie más de 3000 kilómetros

Una penosa caminata por desiertos inexplorados y tierras desconocidas

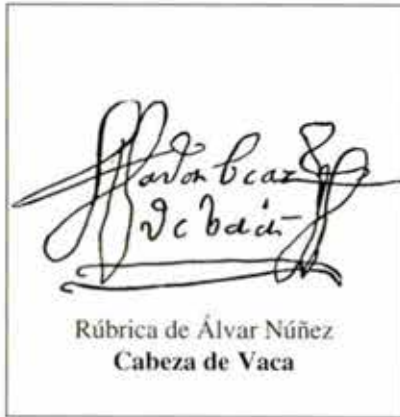
En el año 1534 Alvar Núñez Cabeza de Vaca llevaba conviviendo con los indios cerca de siete años. Un buen día, él y sus tres compañeros españoles decidieron, efectivamente, la huída.

Fué a principios del otoño cuando comenzaron la fuga. Salieron con muy pocos pertrechos, desarmados y mal vestidos, ni señales; sólo un desierto árido y pedregoso, cuyos límites desconocían. Tampoco disponían de ningún mapa, ni de instrumentos de orientación. Únicamente las estrellas, en la noche, y el sol, durante el día, podían orientar sus pasos. Es un misterio por qué no siguieron la línea de la costa. ¿Pensaron evitar así encuentros con indios hostiles? ¿No habían perdido todavía la esperanza de encontrar las ciudades del oro?

Al principio, y durante mucho tiempo, caminaron en dirección Oeste. Atravesaron las tierras de lo que hoy es Texas, de Nuevo México y Arizona. Finalmente, cuando ya se encontraban cerca de lo que más tarde sería California, optaron por cambiar su rumbo en dirección hacia el Sur. De esta manera fueron acercándose a terrenos más fértiles. Al cabo de tres años de vagar, se toparon por fin con los primeros españoles que veían en más de diez años. Estaban cerca de Culiacán; todavía les quedaba una buena tirada hasta la ciudad de México.

En tan larga marcha consiguieron sobrevivir a duras penas. Alvar Núñez continuó ofreciendo sus servicios como carandero en las tribus por donde pasaban. Muy pronto se dieron cuenta de que les sería imposible mantenerse vivos si pretendían evitar todo encuentro con los indios. Por eso aplicaron la estrategia de convivir temporalmente con las tribus que se iban encontrando para conseguir cobijo y alimentos a cambio de los servicios que podían ofrecer: curar, fabricar esteras, arcos o puntas de flecha. Pasado algún tiempo en un poblado continuaban hacia otro. Su fama se extendió y los indios consideraron su posesión como algo precioso y así se convirtieron en mercadería de venta entre unas tribus y otras.

A pesar de esta protección indígena la vida se hacía a veces muy difícil. Durante la época de las tunas, el fruto propio de los cactus del desierto, se ali-



Rúbrica de Alvar Núñez
Cabeza de Vaca

mentaban de estas frutas, pero el resto del año era difícil encontrar comida suficiente. Por eso los poblados indios eran también nómadas.

Vuelta la civilización

En el encuentro con los españoles cerca de Culiacán, los más sorprendidos tuvieron que ser estos, al descubrir aquellos extraños seres, barbudos, macilentos y desnudos, que se acercaban rodeados de indios.

Desgraciadamente para Alvar Núñez y sus amigos el encuentro no resultó plenamente feliz. El par de españoles con los que toparon eran buscadores de esclavos y vieron en la partida de indios que acompañaba a Cabeza de Vaca la posibilidad de un buen negocio. Por aquella época los indios huían de los españoles como alma que lleva el diablo, porque estos les obligaban a trabajar. Así que la partida era una presa estupenda para los buscadores de esclavos. Alvar Núñez tuvo que enfrentarse a ellos para frustrar su plan y además tuvo que despedir a los indios para que se volvieran al Norte.

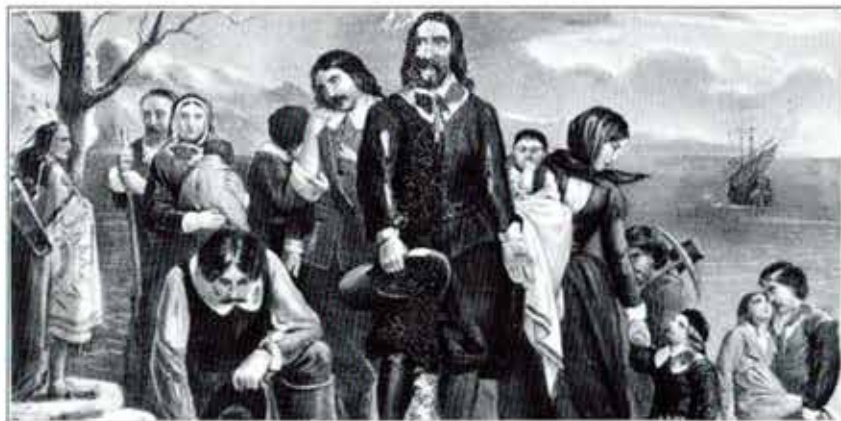
La expedición tomó rumbo hacia la ciudad de México, donde llegaron y fueron recibidos por el Virrey de entonces, marqués del Valle, que les agasajó espléndidamente. Su llegada atrajo la atención de todos los habitantes de la ciudad que no se cansaban de escuchar los animados relatos de Cabeza de Vaca y del propio Estebanico, que se hizo tan popular que consiguió del Virrey su carta de liberación.

Crónica de cinco días perdido

El propio Cabeza de Vaca nos cuenta uno de los innumerables peligros a los que sobrevivió:

"Andadas cinco jornadas allegamos a un río, donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas, fuimos a buscar una fruta de unos árboles que es como hieros; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla: la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo cargué de leña y tomé dos tizonas, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días con mi lumbre y mi carga de leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otros tizonas por no me quedase sin lumbre porque par el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí, y para las noches yo tenía remedio, que me iba a las matas del monte, que estaba cerca de los ríos y pasaba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacía un hoy y en él echaba mucha leña... y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derrador de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches, y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y esntado yo durmiendo en el hoyo, comenzó a arder muy recio; y por mucha priesa que yo me di a salir, todavía saqué señal den los cabellos del peligro en que había estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía los pies descalzos, corriome de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo mucha misericordia, que en todo el tiempo no ventó el Norte, porque de otra manera remedio había yo de vivir".

Peregrinos ingleses en busca de un nuevo y lejano mundo



I. Pérez de los Heros

Probablemente mucho antes de 1492, quizás en el siglo XI, navegantes nórdicos habían topado con las costas norteamericanas aunque sin crear asentamientos permanentes de los que dejaran constancia. De igual modo, la colonización iniciada hace 500 años y capitaneada por españoles y portugueses, dejó de lado por distintas razones el vasto territorio al norte de la Florida y que permanecería, un siglo después del descubrimiento, ajeno a la explotación europea. Tan sólo expediciones costeras como la del inglés John Cabot (1497) hasta Nueva Escocia, o las del francés Jacques Cartier (1534) por el Golfo de St. Lawrence, serían las incipientes experiencias conquistadoras de Norteamérica que tampoco supondrían el establecimiento de asentamientos coloniales permanentes. Veamos pues cual fue el verdadero punto de partida de la colonización del actual territorio de los Estados Unidos a manos de otra de las potencias europeas del momento: Inglaterra.

Espanoles y portugueses centraron su proceso colonial al sur de la península de la Florida. Por su parte, Francia apenas había establecido en la primera mitad del siglo XVI algunos puestos de comercio de pieles en Newfoundland y Quebec (Canadá) y, ya en la segunda mitad del siglo, intentó la aventura colonial en el bajo Missisipi y Brasil, si bien sin el éxito alcanzado por españoles y portugueses que eran los auténticos amos del centro y sur continental.

Serán los ingleses los que, guiados por muy diferentes motivos económi-

cos, políticos y religiosos inicien poco a poco el asentamiento en Norteamérica en los albores del siglo XVII. Las primeras incursiones, no obstante, datan del XVI con personajes como Martín Frobisher (1576-78), sir Francis Drake (1577), o sir Humphrey Gilbert (1578), el cual en 1583 acabaría sus aventuras colonizadoras desapareciendo con sus cinco buques en aguas del Atlántico norte. Es entonces cuando un nuevo personaje, sir Walter Raleigh intenta el establecimiento de una colonia en Roanoke Island (actual Carolina del Norte), de la que en cuestión de tres años (1587-90) y misteriosamente, no quedará ni rastro.

A partir de entonces se abre un periodo de 17 años en los que los distintos intereses, fundamentalmente económicos, irán calando entre comerciantes y aventureros ingleses que verán en el nuevo mundo el terreno apropiado para establecerse en busca de beneficios económicos o, como en el caso de los Peregrinos, en busca de un lugar donde practicar sin restricciones su concepción religiosa perseguida en Inglaterra. Por todo ello serán las compañías comerciales de iniciativa privada las que a través de concesiones regias sobre los distintos territorios vayan configurando el proceso colonizador del imperio británico. Y será en Virginia donde en 1607 la Virginia Company of London busque salida a sus inversiones fundando la colonia de Jamestown que, en sus primeros años darían un pésimo resultado a pesar de los sucesivos intentos por enderezar su funcionamiento incluso bajo directo control real (1624-29).

La leyenda de las siete ciudades de Cibola

La aventura de Alvar Núñez Cabeza de Vaca no fue valdía. Cuando regresó a México comenzó a propagar noticias sobre siete ciudades riquísimas que él no había visto, pero que los indígenas le habían hablado de ellas. Quien con más ahínco hablaba de ellas fue Estebanico, el criado negro recién liberado al volver de su aventura. Según él las riquezas de aquellas ciudades superaban en mucho las que Cortés se había encontrado al llegar a México.

Los españoles relacionaron enseguida estas siete ciudades con una leyenda anterior que se había extendido mucho por Portugal durante la Edad Media. La leyenda contaba que siete obispos portugueses del tiempo de los godos habían huido en barco de la invasión árabe en el siglo VIII. Se decía que más allá del Océano habían encontrado una tierra riquísima en la que cada uno había fundado una floreciente ciudad cristiana.

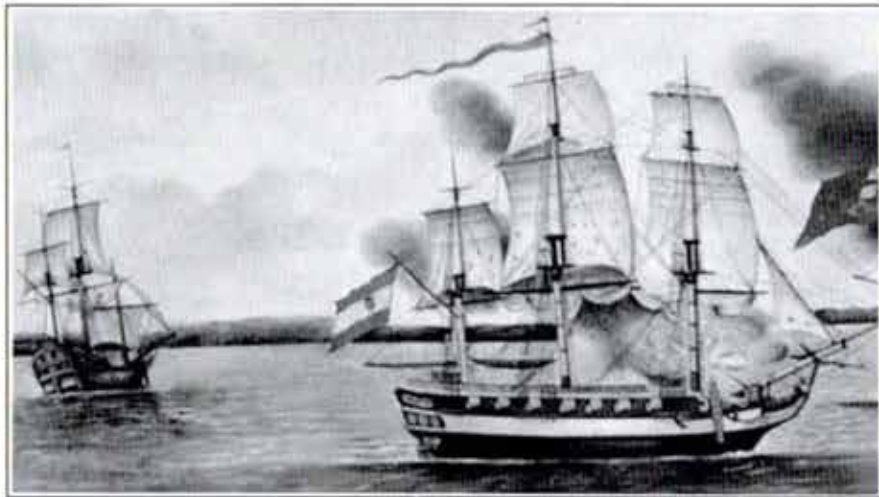
La inquietud hizo presa en los habitantes del México de la conquista y pequeña expedición de exploración y comprobación al mando de un fraile llamado Marcos y en la que figuraba el propio Estebanico.

No encontraron nada importante, a no ser la muerte, el propio Estebanico, pero situaron las imaginarias ciudades en una región que los indios llamaban Cibola, que en su lengua significaba bisonte, situada, según ellos al Norte.

Fray Marcos no descubrió otra cosa que pueblos miserables, pero al regresar siguió propagando el rumor de las fabulosas siete ciudades de Cibola.

Ni que decir tiene que jamás fueron descubiertas, pero su espejismo sirvió de acicate para organizar diversas exploraciones, hoy casi olvidadas, que llevaron a los españoles del siglo XVI a donde ningún otro europeo podía soñar. En una de estas exploraciones, en 1540, Cárdenas, un miembro de la expedición de Vázquez Coronado, descubrió uno de los espectáculos más sobrecogedores de este planeta, el Gran Cañón del Colorado.

Pioneros a bordo del "Mayflower"



Si bien algo posterior en el tiempo el asentamiento de Virginia, el viaje de los llamados Peregrinos a bordo del Mayflower y la colonia que estos fundaron en Plymouth (Massachusetts) en 1620, es considerada en genuino germen de la historia colonial americana.

Aunque también dependiendo de inversores privados con los que establecieron un contrato, el motivo que llevó a este grupo de hombres y mujeres a cruzar el Atlántico fue, fundamentalmente religioso. Perseguidos en Inglaterra por su inconformismo con la reformada Iglesia, consiguieron a duras penas emigrar a Holanda años antes (1607-08) donde tuvieron en Leyden (cerca de Amsterdam) su particular exilio religioso durante cerca de 12 años. Sin embargo, temerosos por ser asimilados por un país extranjero y deseando que sus hijos crecieran como ingleses, decidieron intentar la aventura americana con la esperanza de poder allí vivir libres y sin restricciones.

Así, tras obtener la pertinente patente sobre las tierras a ocupar (que en un principio iba a ser Virginia), y encontrar el apoyo financiero de un grupo de 70 negociantes londinenses (los Merchant Adventurers), la expedición partió de Southampton en 15 de agosto con dos barcos, el Mayflower y el Speedwell. Sin embargo, éste último, a poca distancia de la costa y por dos veces se averió, retrasando la definitiva salida del Mayflower (ya en solitario) un mes después desde Plymouth (Inglaterra), con 102 pasajeros a bordo. Y 102 llegarían, si bien tras registrar la muerte de uno de ellos y el nacimiento de un niño de nombre Oceanus

Hopkins.

La travesía duró 66 días, y tocaría tierra firme en el extremo del Cabo Cod, en Provincetown, el 21 de noviembre de 1620. Previamente al desembarco, habían surgido algunos desacuerdos entre los 41 varones principales, ya que algunos opinaban que siendo la patente conseguida para las tierras de Virginia y siendo su destino final Nueva Inglaterra, no se veían obligados en nada con la comunidad en su conjunto.

Por ello, finalmente acordaron firmar el llamado Mayflower Compact, un documento en el que establecían un cuerpo civil político para "nuestro mejor ordenamiento y preservación y promoción de los fines", con el cual se autosometían a la adopción de leyes y regulaciones a determinar más tarde. Dicho documento, aunque no es una Constitución propiamente dicha, es considerado un incipiente precedente de autogobierno "democrático" en lo que resulta quizás una excesiva idealización.

Desembarco en Plymouth

Así pues, y tras enviar varias expediciones en busca de un buen emplazamiento a lo largo del Cabo Cod, durante las cuales ya pudieron constatar la presencia de indios, serían los últimos días de diciembre cuando desembarcaron en Plymouth (Massachusetts) en el que habría de ser el sitio donde ubicaran esta segunda colonia permanente de norteamérica y actualmente símbolo de la aventura colonial desarrollada en este siglo XVII.

Allí comenzaron a construir la Plimoth Plantation, aunque durante los primeros meses sufrirían no pocas penalidades. Prácticamente la mitad de los colonos murió en el primer año debido a las enfermedades, al igual que años antes una plaga había diezimado a gran parte de los indios Wampanoag y otras tribus ubicadas no lejos de la plantación.

Precisamente con dicha tribu, encabezados por el jefe Massasoit, establecerían contacto y amistad lo que les valdría no sólo emplearse a fondo en la dura tarea de sacar adelante la colonia, sino también aprender de los indios un mejor aprovechamiento de los recursos de la zona y el hacer frente a un medio hostil y desconocido para ellos.

Esa fructífera relación daría lugar, tras recoger la primera cosecha que habría de alimentarles durante el primer invierno, a la decisión de celebrar una fiesta de agradecimiento a Dios, que sería el primer "Día de Acción de Gracias" de la historia de América, en noviembre de 1621, celebración que sigue siendo conmemorada en todos los Estados Unidos, el último jueves de noviembre de cada año.

Nueva Inglaterra

A partir de 1621, nuevos barcos con colonos irían llegando sucesivamente y estableciéndose por distintos lugares de Nueva Inglaterra como Salem en 1626 (localidad famosa por los juicios a brujas), Boston en 1630, Hartford, Windsor, Gloucester, New Aven y muchos otros que con los años irían configurando nuevas y más grandes unidades administrativas diferenciadas por sus formas de gobierno bajo las que se organizaban y que más tarde constituirían los actuales seis estados de Nueva Inglaterra: Rhode Island, Massachusetts, Connecticut, New Hampshire, Maine, y Vermont.

El español en los Estados Unidos

En su libro Presencia española en los Estados Unidos, Carlos Fernández Shaw recuerda que la duración de la soberanía española en parte de aquellos territorios es muy amplia, y abarca desde 1513, cuando Ponce de León descubrió La Florida hasta 1821, en que comienza la Independencia de Méjico. La presencia y el predominio político de la lengua española todavía duraría algo más, hasta 1848, cuando por el tratado de Guadalupe — Hidalgo, Méjico entregó a los Estados Unidos los territorios de Tejas, Nuevo Méjico y California.



José Robledo

Esta larga presencia ha dejado una huella notable en esos Estados del Sur. Basta ver un mapa de los Estados Unidos para apreciar la presencia de numerosos nombres españoles que todavía perduran hoy.

A esta vigencia histórica, hay que añadir la continua emigración que desde áreas lingüísticas hispanas, como Méjico, Cuba, Puerto Rico o Panamá ha afluído y continua haciéndolo hacia el gran país del Norte. Las cifras que se manejan para estos flujos emigratorios son muy grandes y, en los últimos años, han ido incrementándose las trabas legales y los controles que quieren imponerse a esa inmigración de hispanos.

El Marqués de Tamarón, en un artículo sobre el español en los Estados Unidos publicado en la revista Política exterior daba estos interesantes datos sobre la emigración hispana: "En 1986, cerca de dos millones de ilegals fueron devueltos a Méjico, pero se calcula que otros tantos consiguieron introducirse en los Estados Unidos (...). El caso es que los hispánicos representan hoy el 7 por 100 de la población de los EE UU, según el U.S. Bureau of Census y que aunque se modere o detenga el influjo puede duplicarse su número antes del año 2020 debido a su juventud y fertilidad".

A la vista de estos datos, no es de extrañar que la lengua española —en periódicos, canales de Televisión y Radio, incluso en cine— tenga cada vez más presencia en la vida norteamericana. Incluso ha habido iniciativas políticas para proteger al inglés del avance del español. Una de ellas, que hizo correr bastante tinta en la prensa española, fue votada en referendun en el año 1986.

Literatura

Desde hace ya muchos años, ha surgido también una literatura en español que, con frecuencia, expresa el malestar de una población explotada, que realiza muchas veces los trabajos más duros y que vive en los barrios marginales de las grandes ciudades. Entre estos autores podemos citar, como ejemplo, a Oscar Hijuelo, escritor de ascendencia cubana, que obtuvo un gran éxito al conseguir en 1990 el Premio Pulitzer con su novela Los reyes del mambo tocan canciones de amor.

Además de como lengua de los "chicanos", de los pobres, el castellano goza de gran prestigio cultural en el ámbito universitario. A ello no fueron ajenos los grandes intelectuales españoles que emigraron de España con ocasión de la Guerra

Civil. O los que han tenido que huir de las muchas dictaduras, de uno y otro signo, que han asolado a Hispanoamérica. Muchos de los grandes nombres de la literatura hispánica han impartido cursos en los Centros de Enseñanza más prestigiosos e, incluso, algunos han dejado sus archivos a fundaciones norteamericanas.

Esta importancia pueden también medirse por la gran cantidad de revistas que, en el ámbito universitario, se dedican a los estudios de la cultura de lengua española. Basta con citar, entre otras muchas, nombres como los de las revistas Hispania, Hispanic Review, Revista Hispánica Moderna etc., por no referirse a hechos tan sorprendentes como el de que la única publicación periódica dedicada a editar estudios sobre Pérez Galdós se editase en la Universidad de Boston.

La Hispanic Society of America

Muchas entidades contribuyen a ese conocimiento. Pero hay una, fundada en el año 1904 que destaca sobre todas: nos referimos a Hispanic Society of America que fué creada por el hijo del multimillonario, enamorado de las cosas de España y que legó sus numerosos bienes a la promoción de la cultura hispánica.

Se llamaba Archer M. Huntington y vivió desde 1870 a 1955. La obra de esta Sociedad ha sido enorme: ha patrocinado conciertos, ha promovido publicaciones, ha realizado múltiples exposiciones y becado a numerosos estudiantes.

Tiene además un magnífico museo permanente en el que no faltan obras de Velázquez, Goya o Zurbarán y una extraordinaria biblioteca, de la que se han servido los numerosos americanos que se dedican a estudios de historia, arte y literatura de España o Hispanoamérica.